

EL DR. JOSÉ DOMINGO DÍAZ Y LA DIFÍCIL FIDELIDAD BAJO MONTEVERDE (1812-1813)

Argenis Gómez Pérez
Instituto de Estudios Hispanoamericanos - UCV.

Resumen

Hemos hecho notar que a lo largo de la dura y agitada vida del doctor José Domingo Díaz, hay más de un rincón en la sombra, asuntos sobre los que no quiso hablar y prefirió más bien guardarlos por siempre en alguna recóndita gaveta en los laberintos de su conciencia, para que así no molestaran más y con el paso del tiempo que todo lo aleja y desdibuja, quizás desaparecieran. Sucedió con su inmanejable condición de niño expósito: se asumió como de expósito blanco asimilado a la familia Díaz Argote y no habló jamás del enigma de sus padres biológicos. Olvidó también sus encarceos literarios de juventud y nunca habló de ellos. Nunca rememoró su brillante actuación como responsable del Semanario de Caracas (1810-1811), al lado del licenciado Miguel José Sanz. Nunca, en fin, explicó su abrupto y definitivo cambio de trinchera a partir de julio de 1811. Muchos años después, derrotado pero no vencido, soportando más bien que viviendo su último exilio en Madrid, cuando redacta sus Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas (1829), impregnado todavía de los rencores y odios provenientes de la larga y devastadora contienda, nos dará su versión de los hechos y circunstancias que desembocaron en la "Rebelión de Caracas" y su cruento proceso. Podemos suponer que siguió con su empleo como médico en los hospitales de Caracas, pero ¿qué más hizo entre julio de 1811 y julio de 1812, es decir, cuando naufraga la débil república y se impone el régimen arbitrario de Domingo Monteverde? Al parecer, sólo nos queda lo que él mismo nos cuenta en sus Recuerdos.

Palabras claves:
Venezuela - Rebelión - José Domingo Díaz - Reacción - Periodismo.

Hemos hecho notar que a lo largo de la dura y agitada vida del doctor José Domingo Díaz hay más de un rincón en la sombra, asuntos sobre los que no quiso hablar y prefirió más bien guardarlos por siempre en alguna recóndita gaveta en los laberintos de su conciencia, para que así no molestaran más y con el paso del tiempo que todo lo aleja y desdibuja, quizás desaparecieran. Sucedió con su inmanejable condición de niño expósito: se asumió como de expósito blanco asimilado a la familia Díaz Argote y no habló jamás del enigma de sus padres biológicos. Olvidó también sus escauceos literarios de juventud y nunca habló de ellos. Nunca recordó su brillante actuación como responsable del Semanario de Caracas (1810-1811), al lado del licenciado Miguel José Sanz. Nunca, en fin, explico su abrupto y definitivo cambio de trinchera a partir de julio de 1811. Muchos años después, derrotado pero no vencido, soportando más bien que viviendo su último exilio en Madrid, cuando redacta sus Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas (1829), impregnado todavía de los rencores y odios provenientes de la larga y devastadora contienda, nos dará su versión de los hechos y circunstancias que desembocaron en la "Rebelión de Caracas" y su cruento proceso. Nos contará -dice él- lo que vio, y también -podemos añadir-, bastante de lo que no vio, se omitirá su ahora incómoda participación en el Semanario de Caracas. Se dedicará entonces a destacar su propia actuación como vasallo fiel de Fernando VII: recordará su desdichada participación en la conjuración de los Linares a fines de 1810, pero su huella se desvanece cuando termina la estúpida aventura del Semanario (julio de 1811). Podemos suponer que siguió con su empleo como médico en los hospitales de Caracas, pero ¿qué más hizo entre julio de 1811 y julio de 1812, es decir, cuando naufraga la débil república y se impone el régimen arbitrario de Domingo de Monteverde? Al parecer, sólo nos queda lo que él mismo nos cuenta en sus Recuerdos...: una circunstanciada descripción de los movimientos telúricos registrados a partir del fatídico jueves santo 26 de marzo de 1812 en Caracas y otras ciudades del interior del país. Al igual que el arzobispo Coll y Prat y demás sectores tradicionalistas, prescindiendo de su formación predominantemente científica, los interpretará como un castigo divino a la rebelión de Caracas. Anecdóticamente nos contará que en medio de los trágicos acontecimientos:

"...En lo más elevado encontré a Simón Bolívar, que en mangas de camisa, trepaba por ellas (sc. de las ruinas) para hacer el mismo examen. En su semblante estaba pintado el sumo terror o la suma desesperación. Me vio y me dirigió estas impías y extravagantes palabras: Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella y la haremos que nos obedezca..." (Díaz 1961: 98-99).

Omitiendo el evidente sentido religioso que Díaz le atribuye a la escena, haciendo ver a Bolívar ya entonces como un impío desequilibrado en rebelión contra la voluntad divina, nuestra tradición historiográfica la ha admitido y

retenido para destacar la extraordinaria presencia de ánimo del futuro libertador. Al parecer, nadie ha puesto en duda la veracidad del episodio, a pesar de provenir de fuente sospechosa, pues Díaz era aficionado a contar historias de las que él mismo es el único garante; a pesar de haber sido redactada poco menos de veinte años después de los hechos que narra y con una intencionalidad perceptible.

También nos refiere el doctor Díaz que a mediados de mayo (1812) fue citado por representantes del gobierno provincial para que explicara su conducta, pues se le consideraba responsable de la desertión del llamado "Batallón del Tuy" -400 hombres-, cargo que al parecer él admitió. Miranda y Roscío eran partidarios de que fuera fusilado, pero el doctor Francisco Espejo se opuso, lo mismo que el fiscal de la Real Hacienda, Francisco Berrío y el conde de la Granja, quienes impidieron que la amenaza se concretara (Díaz 1961: 102-104).

Pero todo esto es muy poco para época tan convulsionada, y la huella del doctor Díaz se vuelve a perder, esta vez en mayo de 1812, pero he aquí que en junio de este mismo año, cuando la república libraba sus últimos combates, el doctor Díaz vuelve a escena pero por caminos torcidos: en el último número de la agonizante Gaceta de Caracas republicana nos volvemos a topar con su presencia, pero no con su firma. En algún momento se unió a las tropas de Monteverde y cuando estas se acercaban a Valencia, fue él sin duda el encargado de redactar el Manifiesto dirigido al pueblo valenciano y fue la Gaceta del 5 de junio de 1812 la que lo publica con la firma de Monteverde, pero con un epígrafe denunciador: "Manifiesto que a nombre de Don Domingo Monteverde dirige una pluma perjura, que todos conocemos, a los incautos e ignorantes, con el objeto de seducirlos y engañarlos".

En este Manifiesto el doctor Díaz, pues no es otra la "pluma perjura", sintetiza claramente el punto de vista en que se colocaba la opinión realista, su manera de sentir. Así se expresa:

"... El dios de las batallas que preside los combates, y da a quien quiere las victorias, ha hecho triunfar nuestras armas, en donde la necesidad nos las ha hecho emplear de un modo capaz de ilustrar a los mayores héroes. Nuestras tropas no respiran sino valor y entusiasmo para la defensa de la justa causa que han abrazado bajo la protección del Cielo; pero lo que nos colma de gloria, y lo que afianza más la estabilidad de nuestros triunfos, es la voluntad general de los pueblos mismos que nos han abierto sus puertas, nos aclaman y nos han conducido como en triunfo hasta esta fidelísima ciudad de Valencia. Ser los "...El dios de las batallas que preside los combates, y da a quien quiere las victorias, ha hecho triunfar nuestras armas, en donde la necesidad nos la ha hecho emplear de un modo capaz de ilustrar a los mayores héroes. Nuestras tropas no respiran sino valor y entusiasmo para la defensa de la justa causa que han abrazado bajo la protección del Cielo: pero lo que nos colma de gloria, y lo que afianza más la estabilidad de nuestros triunfos, es la voluntad general de los pueblos libertadores de los

que estáis oprimidos bajo el más duro yugo, encubierto con el nombre ilusorio de libertad, es toda nuestra ambición. Restablecer el orden, la paz entre unos mismos hermanos, es el deseo y el hambre insaciable que nos anima. Conservar la religión católica, defenderla, y vengarla de los insultos, asegurar las vidas de los ministros del santuario, favorecer la libertad de la predicación del Santo Evangelio, y poner a cubierto de las inventivas de vuestros filósofos regeneradores, al clero sagrado, es la única gloria que apetecemos". (Gaceta de Caracas, 5 de junio de 1812).

Se trata de volver la paz a la provincia, se trata de conservar la religión de los antepasados y ponerla fuera del alcance de los "filósofos" que amenazaban con trastornar el orden social establecido. Así entendió las cosas el doctor Díaz, quien muchos años después, cuando redacta sus Recuerdos... volverá sobre lo mismo sin cambio alguno:

"Por desgracia estos mismos bienes trajeron consigo males de unas consecuencias incalculables. Se olvidó por los gobernantes el severo cumplimiento de una de las leyes fundamentales de aquellos dominios, prohibitiva de la introducción de extranjeros, y se encontró en la concurrencia mercantil el medio de relajar el de la de los libros prohibidos... La ignorancia, la imprecaución, la malicia o la novelaría hacían ver entonces como llenas de sabiduría las producciones de aquella gavilla de sediciosos llamados filósofos, que, abrigados en París como en su principal residencia, había medio siglo que trabajaban sin cesar en llevar a cabo su funesta conjuración: la anarquía del género humano..." (Díaz, 1961: 45-46).

En el citado manifiesto del doctor Díaz enfrenta por primera vez la consigna que los revolucionarios aturdían a su auditorio desde el famoso 19 de abril: los tres siglos de dominación hispánica presentados en bloque una y otra vez, como "tres siglos de esclavitud". Y ante una actitud que se va a un extremo, el doctor Díaz no vio nada mejor que irse al otro extremo:

"...Trescientos años de esclavitud bajo el yugo español, era, y aun es, la voz favorita con que intenta alucinar a los incautos y sencillos pueblos; pero cotejad estos trescientos años que ellos llaman de servidumbre, veréis en toda esta serie de tiempo un gobierno pacífico y justo, que ha mantenido en todo el continente americano el orden, la religión y la justicia, que ha conservado el derecho de cada ciudadano, protegido al inocente oprimido, repelido al injusto invasor, y aumentado por todas partes las riquezas, las industrias, y la abundancia de este suelo dichoso..." (Gaceta de Caracas, ídem).

Así se enfrascaron ambos bandos en un combate, no de realidades sino de imágenes tan rígidas y bien cortadas, que sólo el lento pasar del tiempo ha ido desactivando la trampa, pero todavía no podemos decir que esa concepción de Leyenda Negra, que a su vez engendra una Leyenda Dorada, haya abandonado definitivamente la escena histórica.

El doctor Díaz presenta ya una de sus ideas favoritas y que sin duda, está en la base de su abrupto cambio de perspectiva: la que Venezuela no

estaba preparada para la independencia, no podía ser país y por eso debía permanecer mucho tiempo todavía en el regazo de la Madre Patria. Era un tema que atormentó desde el primer momento a nuestros republicanos:

"... La América fiel, o reducida a sus deberes, volverá a estrechar para siempre sus vínculos con la Madre Patria, de quien la Providencia parece que sólo ha permitido que se separen algunos pueblos por un corto tiempo, para que conozcan la impotencia que tienen de subsistir por sí solos, y la necesidad de reunirse a ella, si quieren ser felices. Nada más cierto, españoles venezolanos, España empeñada en la más gloriosa y justa causa, luchando contra el poder más colosal de la Europa, y contra la más negra ingratitud de algunos de sus hijos en América, parece que no podía levantarse de una ruina casi evidente. ¡ Falsa esperanza de sus enemigos! España religiosa ha puesto su confianza en Dios, y Dios la ha salvado. Poco falta para que veáis también, que el brazo que la ha sostenido en el continente, también la ha vengado en el vuestro". (Gaceta de Caracas, Íbidem).

Díaz presenta aquí el sentimiento que le dio nervio y consistencia a la resistencia realista: el sentimiento de que España había sido traicionada por sus colonias, que al parecer, se lo debían todo: el cabildo de Caracas había aprovechado las excepcionales dificultades de la Metrópolis para plantear primero una autonomía impertinente y luego una independencia inconcebible, delirante. En el doctor Díaz fue una reacción emotiva tan fuerte que, muchos años después, cuando redacta sus Recuerdos sobre la rebelión de Caracas (1829) de nuevo la indignación lo desborda:

"En medio de esta situación a mi espíritu se me presentaron repentinamente todos los escandalosos sucesos de mi patria. Una rebelión hecha en los momentos menos esperados, cuando la madre que nos dio el ser necesitaba más de nuestro apoyo en sus desgracias: rebelión baja, degradante, ignominiosa. Una rebelión que iba a sepultarnos en males incalculables, no sólo por su insensatez, sino por los hombres que la habían tramado y ejecutado, y por los que gobernaban las provincias: rebelión brutal, estúpida, insensata". (Díaz, 1961: 78).

A tal manifiesto la Gaceta de Caracas responde con unas "Observaciones de un ciudadano de Caracas sobre este Manifiesto", que aunque no lleva firma todo nos hace pensar en su amigo y compañero del Semanario de Caracas, en ese momento figura destacada del gobierno revolucionario y hombre de confianza de Miranda, el licenciado Miguel José Sanz. Abogado siempre, sabía muy bien que un documento sin firma no es impugnabile, no es útil en manos de un enemigo potencial. Eso ya lo había hecho como medida de precaución en los últimos números del Semanario y ahora que la frágil república pendía de un hilo muy delgado, con mayor razón. Aunque no tengamos más pruebas, nada nos impide comprender que el licenciado Sanz aprovechó esta ocasión para arreglar cuentas ideológicas pendientes con su compañero del Semanario, pero sin personalizar el combate, como si no quisiera que los demás se enteraran de lo duro que fue para él esa ruptura, esa decepción. Así el doctor Díaz oculta

su identidad con la firma de otro, y Sanz simplemente no firma. Ahora podemos decir que el Semanario agonizó cuando sus redactores partieron en direcciones contrarias. Esa separación ha debido ser dolorosa y violenta y a partir de julio de 1811 serán enemigos no sólo ideológicos sino personales, pero preservando una delicada capa de reserva y consideración mutua.

Se trata de una refutación en forma y como era de esperar, apasionada. Para el Licenciado las tropas de Monteverde no eran sino:

"Un tropel de bandidos llamados, o sostenidos por tres o cuatro ambiciosos que dominaban los pueblos, y han perdido su ascendiente en el sistema de igualdad y libertad adoptado en Venezuela, salieron de Coro deseosos de enriquecerse con el robo de nuestros bienes que se les ha concedido por el gobierno de Cádiz, a cambio de satisfacer el odio, y rencor contra los americanos que han sacudido el yugo de la servidumbre." (Gaceta de Caracas, *Ibidem*).

Y le niega toda especie de mérito militar al improvisado caudillo realista:

"...¡Grande hazaña por cierto, digna de hombres cristianos, entrar tirando balazos en unos pueblos atolondrados, que buscaban consuelo en los montes, huyendo del espantoso sacudimiento de la tierra; Sin embargo: aseguran estos malvados que el Dios de las batallas ha hecho triunfar sus armas por argumento de su justicia, como si el Dios de las batallas no permitiese la maldad para mayor castigo de sus autores, y para probar la paciencia, la firmeza, y la constancia de los buenos." (Gaceta de Caracas, *Ibidem*)

En verdad ahora resulta claro que sin el terremoto del 26 de marzo, Monteverde jamás hubiera tenido el éxito que tuvo, él es el mejor ejemplo de militar afortunado que accede a un nivel para el cual no tiene ni la capacidad ni las condiciones, lo que lo conducirá pronto a un fracaso inevitable. El Licenciado no estaba equivocado.

En cuanto a la participación del clero en la contienda, Sanz tenía ideas claras ya desde la época del Semanario: el mal comportamiento de algunos sacerdotes no compromete ni a Dios ni a la religión en tanto que arquitectura espiritual esencial:

"Pero no es nuevo este lenguaje - los sacerdotes malos de todas las naciones han usado siempre de él para entorpecer los pueblos, encadenarlos, y embrutecerlos: han inventado la superstición, y haciendo compañía con los tiranos, van a medias en las utilidades a costa de la libertad de los hombres, y de la religión. Esta jamás ha podido ni podrá proteger la usurpación de los derechos de la naturaleza que a todos hizo iguales, y con acción a vivir bajo el gobierno que les parezca más conveniente y conforme..." (Gaceta de Caracas, *Ibidem*).

Sanz increpa furioso a su viejo amigo, que ha emigrado al partido contrario:

"Muy conocido es en estas cláusulas el dedo del impostor que las escribió; jamás engañó en Caracas a los hombres que descubrieron su orgullo escondido tras el parapeto de un semblante hipócrita y supersticioso. Diga específicamente en qué ha ofendido la religión esta virtuosa ciudad, y cuales son los insultos que le ha hecho. ¿Son acaso haber sufrido por respecto a ella las tramas, las inventivas, las felonías, y los horrendos crímenes de algunos de sus ministros que creyéndose impunes han osado atacar la libertad del pueblo, y perpetuar la tirana usurpación de sus derechos? Son por desgracia haber hecho confianza de ellos en las elecciones populares, para que algunos faltando notoria y escandalosamente a los repetidos juramentos que prestaron de defender la libertad, hayan procurado destruirla pasándose a los enemigos, y animándolos para que roben nuestros bienes, violen la honestidad, y atropellen la castidad, derramen vuestra sangre, y nos expongan a los furores y miserias de una guerra civil entre cristianos..." (Gaceta de Caracas, *Ibidem*).

Estas afirmaciones, aparte de que confirman a Sanz como su autor, aclaran mucho de lo que escribió en los últimos números del Semanario: lo que ya lo llenaba de angustia era desunión entre los venezolanos y la aterradora posibilidad de una guerra civil. El licenciado alerta sobre el uso político que puede hacerse de la religión, para no cambiar:

"... Pueblos de Venezuela, advertid y conoced que la religión ha sido en todos tiempos la capa con que los ambiciosos y tiranos han disfrazado su maldad: no es la religión: es su provecho y sus pasiones el punto a que se dirijen: os emboban con el aliento, como la culebra para tragaros: lloran como el cocodrilo para devoraros." (Gaceta de Caracas, *Ibidem*).

Notemos el aire de proclama que adquieren sus palabras y esto nos conducirá derecho a los últimos números del Semanario:

"... ¿Qué resultaría, si en Venezuela se alarmasen las conciencias en materia de religión? Los hombres que llenos de un celo ciego, emprenden desengañar y conducir a otros en este punto, necesitan ellos mismos de ser desengañados, conducidos, y contenidos por el Gobierno, porque después de turbar las conciencias timoratas, turban por grados el orden de la sociedad. En las cuestiones civiles y ordinarias, cada uno teme engañarse en su opinión y su porfía no es extrema; pero en las religiosas, cada uno cree estar seguro de la suya, y nunca cede. Tácito advierte que ningún Gobierno es bastante poderoso para reprimir la fuga sediciosa de un pueblo que se revuelve por artificios, santificados con el velo de la religión." (Semanario de Caracas, XXV).

Sanz no hace otra cosa que afinar ideas que ya sostuvo en este periódico revolucionario.

"De buena voluntad admite Caracas el cotejo que nos presenta el Manifiesto de los 300 años de esclavitud bajo el yugo español, y los dos que han corrido de libertad después del 19 de abril de 1810. Dice que en esos 300 años ha habido un Gobierno pacífico, que ha mantenido en todo el continente americano el orden, la religión, y la justicia; que ha conservado el derecho de cada ciudadano, y aumentado por todas partes las riquezas, la industria,

y la abundancia. Ah, embustero. Llamas pacífico el infeliz estado en que un esclavo oprimido con el peso de la cadena, no puede usar de sus fuerzas para libertarse: el de una alma envilecida por una supersticiosa ignorancia que no conoce sus derechos, porque se ha tenido buen cuidado en ocultárselo, o ha sido un crimen imperdonable intentar saberlos; y titulas de pacífica la miserable situación de un hombre, que a fuerza de sentir tiene turbado el sentido. Este es el último grado de la servidumbre: acomodarse con ella, estos es lo que llaman paz esos tiranos". (Gaceta de Caracas, Ibidem).

Lenguaje insólito en un hacendado poseedor de esclavos: es evidente que Sanz ha afinado su percepción de las cosas y siempre en el camino de la revolución, se ha radicalizado, lo que era lenguaje suave y persuasivo en el Semanario, pasa a ser lenguaje directo y agresivo en la Gaceta. Pareciera que hubiera aprovechado la ocasión para sincerarse de una vez por todas con su viejo amigo y hablarle desde el fondo de su corazón:

"El orden que se ha mantenido, es el desorden de las pasiones del gobierno español que con arte, y maña introdujo en los americanos, y europeos el espíritu de división y discordia, para impedir que se uniesen en defensa de su libertad: que ha permitido que algunos ministros de la religión la degradasen, imputándole máximas y doctrinas que perpetuasen la tiranía, y usurpación de los derechos del hombre, y que ha medido la justicia por sus intereses, teniendo sólo por justo lo que conducía al objeto de dominar la América." (Gaceta de Caracas, Ibidem).

Sanz le presenta a su amigo la lista de reclamos que motivaron su adhesión al movimiento revolucionario activo:

"¿Cómo es que te atreves, embustero, a imprimir que ese gobierno español, en la época de los 300 años, ha conservado los derechos de cada ciudadano? ¿No ha tenido privados a los americanos en su propio suelo de los empleos a que tienen un derecho exclusivo por naturaleza, y leyes de todas las naciones? ¿No han sido sus predilectos los europeos por ignorantes, y estúpidos que fuesen? ¿No ha sido considerado a estos de una raza superior a aquellos? ¿No ha prohibido en la América la entrada de los extranjeros en utilidad de los españoles, y odio de los americanos? ¿No ha pretextado que esto lo hace para conservar la religión en la América, cuando en España entran, y comercian libremente sin perjuicio de ella? Si, esta ha sido su conducta en los 300 años, y aun dice a la faz de los pueblos de Venezuela que el gobierno español ha conservado el derecho de cada ciudadano. Sí, porque sólo ha sido ciudadano el europeo." (Gaceta de Caracas, Ibidem).

Es la misma requisitoria que le había planteado a las autoridades españolas en las páginas del Semanario, sin que esto al parecer molestara entonces al doctor Díaz:

"Si de este modo trataba la América el gobierno español, considerada colectivamente, igual era el ciudadano con que se conducía respecto de los individuos nacidos en ella. Nadie ignora, y aun está escrito por sabios autores que los señalados con el apodo de criollos, por nobles que fuesen, instruidos y virtuosos, hábiles y capaces, eran mirados como inferiores a

cualquier español europeo, torpe, indecente y sucio: gitano se creía mejor y más meritorio por haber nacido en España, que un marqués si era criollo. La corte Madrid se complacía de esta infamia, de esta insolencia, de este atrevimiento, que por efecto de su amor propio juzgaba consecuencia de la sublimidad del carácter español: y al mismo tiempo juzgaba desaprobación, dictando leyes ineficaces y pedantescas para mayor burla y escarnio de los criollos, que acogándose a ellas, les sucedía lo que a los ebrios, a quienes todos dicen que tienen razón, para evadirse de su impertinencia, sin concedérseles nada." (Semanario de Caracas, XVII).

Lo mismo puede decirse de la tendencia a considerar a los indios como inferiores por naturaleza, que Sanz denuncia en el citado periódico. Por otra parte, es bueno puntualizar que la prohibición de la entrada para extranjeros era real y fue un motivo más de roce y resentimiento entre los criollos cultos, como el propio Sanz. En cuanto a que el gobierno español "ha aumentado las riquezas, la industria y la abundancia", Sanz responde airado:

"... ¿En donde están aquellas; donde esa: dónde está? Los americanos no han sido en ese tiempo sino los mayordomos de los comerciantes españoles, y arrendatarios de los eclesiásticos. Han cultivado la tierra con las semillas, o con las plantas que aquellos apetecían para su comercio: no gozaban sino los que le dejaban para que no muriesen, y para que pudiesen continuar sus fatigas a provecho de la avaricia. Les privan de la industria para traerles, y venderles los groseros efectos de la suya. ¿Cuáles son las fabricas; cuáles son los inventos; cuáles las obras que se trabajan en la América después de esos 300 años?. Trabajos de minas, de azogues, protegidos para llevar a España la plata y el oro, que ha enervado aquella nación: siembra de frutos comerciables: impuestos bárbaros: estancos inhumanos: inicuas prohibiciones, censos, tributos, exacciones, y sacaliñas: ve aquí las riquezas, la industria, y la abundancia de la América en esos 300 años". (Gaceta de Caracas, Ibidem).

El Licenciado defiende los dos años de gobierno revolucionario con una lucidez y una pasión, que delimitan definitivamente las actitudes y las posiciones:

"Por otra parte considérense algunos de los innumerables beneficios que ha recibido ya Venezuela en estos dos últimos años: tiempo muy corto para producir todos los que precisamente deben seguirse al sistema adoptado. Ella ha recuperado su libertad, y ese solo nombre que llama ilusorio el Manifiesto, ha puesto en movimiento impetuoso los resortes del alma racional de los venezolanos, que entorpecidos antes con la servidumbre, yacían en un letargo vergonzoso. Ella ha reconocido y puesto en ejercicio los derechos de igualdad, antes usurpados por los satélites de la tiranía. Ella se complace de ver al hombre, sin distinción de colores, libre, y expedito para intervenir en la elección de los que quiere poner, y colocar en el gobierno, y exponerse a la fatiga, y riesgo de una patria, seguro de que por su mérito pueda obtener el premio, estimación, y aprecio de sus conciudadanos, de que antes estaba privado por un sistema tiránico, inventado y sostenido para provecho de los ambiciosos que pisaban al hombre como a un grillo, o lo veían con el desdén y grima que a un gusano..." (Gaceta de Caracas, Ibidem).

Sanz termina su alegato con un optimismo inesperado en él, confiado en la justicia de su causa y en la recompensa del porvenir:

"... El hombre libre de Venezuela está contra vosotros, viles esclavos de la tiranía y de la superstición. El Dios de las batallas que adora Caracas por principios, y a cuya justicia ocurre en la defensa de su libertad, de su igualdad, y de su independencia, premiará la virtud; y en cualquier desgracia se someterá tranquila, y gustosamente a la divina voluntad para merecer con una resignación verdaderamente cristiana los grandes bienes a los que aspira, y defiende con valor, con firmeza, y con constancia. Sus implacables enemigos le causarán toda suerte de miserias, pero ella - gloriosamente libre, su tristeza se convertirá en gozo y alegría, y la posteridad saludará eternamente sus virtudes." (Gaceta de Caracas, *Ibidem*).

Esta manifestación de fe en el futuro de su causa porque justa, es lo último que nos dejó el combativo Licenciado como periodista; este extraño diálogo enmascarado entre dos hombres excepcionales, amigos solidarios en un tiempo, ahora enemigos irreconciliables por las ideas y los sentimientos. Para Sanz un inesperado broche de oro a su actuación como ideólogo consciente del nuevo sistema. El resto lo sabemos: conocerá las cárceles del restaurador Monteverde, volverá a la libertad, acompañará a Bolívar como antes acompañó a Miranda y, siempre fiel a sus convicciones, irá a morir gloriosamente por la patria en la sangrienta batalla de Urica (diciembre 1814), cerrando así una trayectoria vital coherente hasta el final, como pocas veces se vio entonces. Su amigo el doctor Díaz, con la pasión, defenderá en las páginas de la Gaceta de Caracas los intereses de la monarquía española en América, sufrirá exilios y sinsabores, dejará en el camino su vocación de médico y su talento de investigador, e irá a morir en la lejana España la muerte anónima de los atropellados por el impredecible carro de la historia.

En realidad, es poco, muy poco lo que nos ha quedado de la actuación pública del doctor Díaz bajo el régimen arbitrario y desordenado de Domingo Monteverde, apenas algunos números dispersos de la Gaceta de Caracas, ahora bajo su responsabilidad. Fue también Monteverde quien lo puso en posesión de su flamante empleo de Inspector contralor general de los hospitales de Caracas (Díaz, 1961:108), que el cabildo revolucionario de 1810 le había desconocido.

Estos escasos números que han sobrevivido sólo nos permiten apreciar de manera esquemática y riesgosa la labor de Díaz como periodista polémico debutante. Sin embargo, leyendo y estrujando esos escasos ocho números de la Gaceta hay que decir que fue un mal comienzo: Díaz, cuya única experiencia había sido la de responsable de la sección científica en el Semanario de Caracas, luce ahora torpe y poco creativo, se tiene la impresión de estar de nuevo en los primeros tiempos de la Gaceta (1808-1810), cuando el joven Andrés Bello la llenaba con información amontonada proveniente de Europa y dejaba casi en

la oscuridad lo que ocurría en la propia capitania general de Venezuela. Su prosa suena como la del arzobispo Coll y Prat en sus intervenciones públicas.

En el número 1º de esta Gaceta, en lugar de proporcionarnos el esperado plan de restauración realista, no sin un toque de modestia, el doctor Díaz nos promete que:

"...: la Gaceta de Caracas vuelve otra vez a ver la luz pública, si no adornada con los brillantes colores de una elocuencia encantadora, al menos cubierta con las sencillas vestiduras de la verdad, de la moderación, y de la justicia. No se ofenderán en ella, ni grosera, ni satíricamente las personas sea cual fuese el motivo que la asista: los vicios individuales no son mirados por ella como su objeto: desea sinceramente cumplir con su institución: hacer saber a todos los sucesos de los otros pueblos, los decretos y voluntad del Gobierno, y las obligaciones que este impone a la sociedad que manda." (Gaceta de Caracas, 4 de octubre, 1812).

Este programa a desarrollar se percibe como una pieza que no encaja, extrañamente alejada de la terrible situación que se vivía entonces: el recurso al papel moneda había fracasado y la movilización de los esclavos estancaba la agricultura, base económica del país, el fantasma del hambre colectiva se cernía sobre los sectores más pobres de la población. Es en este contexto que el doctor Díaz declara:

"Así pues la Gaceta de Caracas ocupará por algún tiempo (aunque será el más corto posible) una parte de su contenido en presentar los sucesos que con tanto esmero han procurado ocultarse, y por cuya noticia fueron muchas veces perseguidos los que las tenían. No se insertarán en este particular sino las que hayan sido oficiales, y que ya el tiempo transcurrido las ha purificado." (Gaceta de Caracas, *Idem*).

Se trata de volver a su pristina verdad la información que acerca de la situación europea ha sido falseada por la Gaceta anterior. Sólo después nos contará la historia de "nuestra campaña", es decir, la historia de la campaña del triunfante Monteverde. Notemos que Díaz se ofrece ya como historiador militar espontáneamente. Sin embargo, nada de esto hay en los escasos números que nos quedan de la Gaceta entre el 4 de octubre de 1812 y el 1º de abril de 1813, ¿Olvidó su oferta el doctor Díaz o no pudo cumplirla? En cambio, en el número correspondiente al 12 de noviembre de 1812, aprovecha la ocasión para burlarse de Miranda cuando este informó al Congreso de la república, que había "la mayor tranquilidad en las islas", refiriéndose a las islas del lago de Valencia. Díaz destaca la soledad que reinaba en tales parajes y su insignificancia desde el punto de vista militar. Era una oportunidad que no podía rechazar para hacer sentir el drama de Miranda al regresar a Venezuela en 1810, después de más de treinta años de ausencia: el desconocimiento del país real al que quería sinceramente liberar del dominio español. Díaz había ya olvidado la promesa que acababa de hacer al presentar la "nueva" Gaceta: "No

se ofenderá en ella, ni grosera, ni satíricamente las personas sea cual fuese el motivo que las asista: los vicios individuales no son mirados por ella como su objeto:...". Bueno, eran tiempos de pasión y violencia, la ecuanimidad y el equilibrio psicológico estarán por años fuera de la escena. Eran tiempos de guerra, y muy pronto de guerra a muerte.

Por la gaceta del 6 de diciembre de 1812 nos enteramos de los actos de lectura y juramentación de la Constitución liberal española de ese mismo año en Caracas. Tal constitución no era al parecer muy del agrado de Monteverde, pues como es sabido, él era más bien partidario de resolver los problemas con mano dura o, para decirlo en su propio lenguaje, utilizando la "ley de la conquista". Sin embargo, el doctor Díaz no oculta su entusiasmo, quizá sincero, por ella:

"Bajo un aspecto enteramente nuevo se presenta Caracas a la faz de todo el universo. Ya no es el juguete de un Favorito, la herencia de una familia, ni el patrimonio de una persona. Elevada a la sublime dignidad de parte integrante de una gran nación ha entrado en el goce de sus fueros y derechos, y posee como ella los apreciables privilegios que la designa la mejor de las Constituciones. Caracas es ya un pueblo libre como español: libre sin desenfreno: y libre de la opresión y desgracias en que tan injustamente le precipitaron la usurpación, la malignidad, el orgullo y la ambición. Una ley fundamental dictada por la sabiduría ha restablecido a esta nación heroica en sus imprescriptibles derechos poco a poco usurpados con el discurso de los tiempos, y con el abatimiento de su representación nacional: y esta misma transmite a los pueblos de Venezuela las ventajosas reales y verdaderas que ella envuelve, que vanamente procuraban encontrar los que pensaron hallarla de otra manera, creyendo las vanas palabras que dictaban otros principios." (Gaceta de Caracas, 6 de diciembre de 1812).

Hasta le dedica una composición en verso a la usanza de la época, que ponía al supuesto poeta a los pies del caudillo de turno, triste tradición que nos perseguirá hasta bien entrado el mismísimo siglo XX.

Nada nos impide pensar que estos escasos números de la Gaceta bajo Monteverde son a su manera un reflejo del inmenso desorden y arbitrariedad en medio de lo que vivió Venezuela entonces: fue una época de detenciones en la oscuridad de la noche, de elaboración de listas negras de supuestos o reales republicanos, y de despilfarro.

Monteverde era tan incapaz que hasta los más fieles a la monarquía española tuvieron dificultades para entenderse con él. Son conocidas las tormentosas relaciones que mantuvo con el regente José Francisco Heredia, personaje de excepcional calibre, que ha obligado al reconocimiento por parte de nuestra historiografía sería. El acomodaticio marqués de Casa-León no tuvo más remedio que "enfermarse" para tratar de mantenerse al margen del desbarajuste fiscal existente. El comisionado Real Pedro de Urquinaona y Pardo, escribirá en sus Memorias:

"Tal fue la dilapidación de las rentas que desde el día 1° de agosto de 1812 en que quedaron a disposición de Monteverde, hasta fin de diciembre, ascendiendo su ingreso a cincuenta y dos mil ochocientos veinte y un pesos, seis y medio reales, los gastos de estos cinco meses causaron un déficit de doscientos cuatro mil doscientos ochenta y seis pesos siete y medio reales; por manera que el intendente don Dionisio Franco en su informe de 13 de febrero de 1813 calculaba a medio millón de pesos el déficit anual de la hacienda pública..." (Urquinaona y Pardo, 1917: 320).

El intendente Dionisio Franco tuvo el coraje suficiente para enfrentarlo y decirle sus verdades, a sabiendas de los riesgos que corría. ¿Y el doctor Díaz? El era el responsable de prensa del Gobierno, ¿Qué podía hacer él en su Gaceta: denunciar la situación existente? Imposible, eso hubiera sido lo mismo que enfrentar a sus nuevos patronos y quedar inmediatamente desacreditado en ambos bandos. Su deserción de las filas revolucionarias era demasiado reciente para volver sobre sus pasos. Por otra parte, el régimen de Monteverde, pese a todo, significaba la restauración del sistema colonial, sorpresivamente trastornado por la rebelión del 19 de abril. Esto para Díaz era una buena opción, pero al parecer él, en tanto que periodista, percibió una tercera vía de escape: no hablar de lo que estaba sucediendo ante sus ojos, mirar hacia otro lado, hacer como si el drama de la arbitrariedad y el desorden no existiera. Al parecer eso fue lo que hizo: en estos escasos ocho números que sobreviven de la Gaceta, hay más noticias sobre España, Polonia y Rusia, que sobre la capitania general de Venezuela y su dramática situación interior, como si su redactor no supiese qué hacer con lo que tenía enfrente.

Este retroceso ante la realidad es de manera significativa corroborado por su regreso a un estilo periodístico - aunque sería mejor decir ausencia de estilo -, que ya el joven Andrés Bello había venido superando a medida, que se acercaba el 19 de abril. Cuando los republicanos retomen el poder, Monteverde huya a Curazao y Vicente Salías asuma la redacción de la Gaceta lo primero que hará será denunciar los crímenes estúpidos inauditos cometidos por hombres como Antoñanzas y Suazola, que Díaz ocultó:

"De tales hechos no se hacía uso de los papeles públicos y gacetas del Gobierno español en Caracas, y las naciones todas ignoraban los pormenores de sus atrocidades. La nuestra no dejará de describir imparcialmente los acaecimientos sucesivos de esta especie, y todo cuanto pueda dar una idea cierta a los extranjeros de la guerra dura, y cruel que nos hemos visto en la necesidad de adoptar, a consecuencia de las crueldades inauditas con que han tratado a los habitantes de estas provincias Monteverde, y sus satélites." (Gaceta de Caracas, 26 de agosto de 1813).

En verdad fue un comienzo desafortunado como periodista polémico para el doctor Díaz: el hombre de ciencia se convertía en hombre de partido, y esto ya era bastante, pero lo más insólito es que más de quince años después, cuando en sus Recuerdos... le toque hablar de esta misma época nuestro médico-periodista nos instruirá con lujo de detalles sobre la crisis económica reinante y

la desgraciada emisión del papel-monedá; recordará las negociaciones de Miranda, "el menos malo de todos los sediciosos", y enturbiará el panorama sugiriendo que este había aceptado unas 1.000 onzas de oro para garantizar su regreso a Londres, después de la capitulación. Pero dirá muy poco acerca del gobierno de Monteverde y la situación económico-social imperante entonces. Nada sobre la miseria, nada sobre las detenciones ilegales, nada sobre las torturas. El, tan aficionado a las estadísticas, esta vez no citará ninguna, como si el silencio tuviera la mágica virtud de borrar el paisaje que molesta y desagrada. Algo inaudito, sí, pero no inesperado, pues el olvido, la evasión, como ya lo hemos visto, este era el recurso de que echaba mano nuestro médico-periodista cuando algo le molestaba demasiado: ¿No borró a su manera su nacimiento oscuro y clandestino? ¿No olvidó escarceos literarios de juventud? ¿No escondió en lo más profundo de su conciencia su magnífica labor al lado del licenciado Miguel José Sanz en el Semanario? Era algo que al parecer estaba en su naturaleza.

Sin embargo, hay que decir, para equilibrar de algún modo las cosas, que el doctor Díaz no estuvo solo en ese apoyo a Monteverde sobre la base de que, a pesar de todo, representaba el regreso al régimen colonial. En esto lo acompañó otro gran personaje de la época, el arzobispo Narciso Coll y Prat, pero si Díaz optó por ocultar o hablar de otra cosa, el arzobispo no disimuló su alegría por la conquista de Caracas por las tropas de Monteverde a comienzos de agosto de 1812. Rememorando el momento, él mismo nos lo dirá en su **Exposición de 1818 ante el Rey:**

"... ¿Hubo fiestas públicas, orquestas, festines, todos honestos, y excitativos del amor a V.M.? ¿En cuál de ellos no me encontré? Mi gozo era de todos conocido; él animaba a los tímidos, atraía las voluntades y hacía desaparecer las ideas de desconfianza. Mi voz se oía en todas partes, no menos en público que privadamente. Hijos, nada tenéis que temer; ahora es que vais a hacer felices gozar de felicidad; nada os faltará: los delirios pasados quedarán sepultados en el olvido: poseedores de vuestras vidas, esposos, hijos y haciendas, se os abre una nueva senda para hacer conocer que sois honrados y leales. Viva el Rey, viva la Nación, viva Venezuela, su digno Jefe, y el ejército pacificador. Así voceaba yo en las plazas y calles, y de este modo se propagaba el entusiasmo:..." (Coll y Prat. 1960: 227).

Es leyendo sus Memoriales como podemos apreciar hasta qué punto apoyó el arzobispo al gobierno de Monteverde: le atribuye méritos militares y si una vez lo llama descuidadamente "Héroe conquistador y pacificador venezolano" (Coll y Prat. 1960: 63), otra vez lo presenta como "infatigable y celosísimo comandante de las armas de S.M." (Coll y Prat. 1960:79). Si en el memorial de 1812, fechado el 26 de agosto de ese mismo año, es decir, bajo la atmósfera de triunfo que él compartía plenamente, nos dice que:

"... nadie ha notado, ni podido notar en el comandante Monteverde sino una religiosidad muy acrisolada: un amor a la Real Persona de V.M., a la Madre Patria, y al actual sistema de gobierno español, digno de los mayores

elogios, encarecimientos, e imitación: un desinterés y dadivosidad poco común: un padre verdadero de todas estas castas, clases, y condiciones de personas, que imponderablemente sensible a tantos males causados por la ex-república venezolana, se desvive con el mayor gusto, oye las solicitudes con toda humanidad, se entera de las quejas, y de sus razones con el mayor desinterés e imparcialidad, y tira a cimentar este edificio social, asegurándonos la tranquilidad pública e individual con unas miras y previsiones propias de la estabilidad, permanencia, y felicidad que V.M. puede esperar de estos países..." (Coll y Prat. 1960: 79-80).

En la exposición de 1818, redactada en su propia defensa, aconsejando por su experiencia, le añadirá matices para mostrar elasticidad, pero sin comprometer lo esencial, y tratando de salvar a Monteverde, por el que sentía sin duda un gran afecto, nos dirá que ya para 1813:

"... Estos indiscretos, digo, dignos de la más severa animadversión, turbadores y empujadores del orden público, más perjudiciales en cierto sentido a la buena causa que los mismos facciosos, y que bajo el nombre de leales no tenían otro objeto que hacer dinero con el ratero comercio de sus mercaderías, bodegas o pulperías; que fueron después los primeros en emigrar a las colonias vecinas para salvar sus intereses abandonando las armas de V.M. y dejando indefensa la provincia, que no volvieron a pisar hasta después de haberla dominado el comandante Boves: esos, Señor, que a título de haber nacido en las Canarias, o en algún lugar de la península, y unidos a otros no pocos del mismo país tan necios como ellos, insultaban públicamente a cualquier vecino pacífico, hacían arrestos y prisiones con orden y sin orden del Gobierno, pedíanle matanzas y degüellos, le oprimían y amedrentaban haciéndole creer revoluciones intestinas que jamás hubo hasta la exterior de Bolívar: estos, digo, fueron de tal modo turbando la economía política y la seguridad individual, que así en la capital, como en las demás ciudades y pueblos del interior, no había quien reposase al abrigo de la ley, ni contase con su libertad natural, consumiéndose entretanto en cuidados y pesares el benemérito y distinguido Jefe que estaba al frente de todos los negocios..." (Coll y Prat. 1960:247).

Así, ante el rey y muy lejos de Venezuela, nuestro arzobispo nos muestra, por fin, algo del clima de arbitrariedades y desmanes de que era testigo y de lo que no dijo nada antes. Acorralado por su mala conciencia sostiene contra toda evidencia una tesis absurda: Domingo Monteverde, el jefe máximo, no era responsable, sino sus subalternos. En verdad, el arzobispo Coll y Prat y el doctor Díaz estaban identificados en la defensa de la misma causa, la menarquía española, en una lucha de partidos tan vehemente, que casi excluía la posibilidad de todo intento de ir más allá para ver desde allí los errores o excesos de cada bando. El arzobispo no se colocó a esa altura, sino que tomó claramente partido por el Rey y la Religión, lo que le significó ignorar o minimizar los errores y excesos del gobierno de Monteverde. Más tarde hará lo mismo con las figuras tenebrosas de Boves y Morales. Creó así un vacío moral que afortunadamente llenaron de algún modo hombres como el regente José Francisco Heredia, el intendente Dionisio Franco y el comisionado Real Pedro

de Urquinaona y Pardo, quienes siendo sinceramente monárquicos y odiando también a la "rebelión de Caracas", no cerraron los ojos ante las arbitrariedades y abusos que se cometían día tras día.

En realidad el régimen de Monteverde no hizo sino profundizar la crisis económica-social, que la débil república independentista no supo enfrentar. Monteverde, desequilibrado con un poder que no sabía cómo manejar, anunciaba una y otra vez complots y conspiraciones, que no sirvieron sino para prolongar la ilegalidad reinante y llenar las cárceles con supuestos o reales republicanos. Las absurdas crueldades de hombres como Eusebio Antoñanzas, el sadismo de hombres como Antonio Suazola y Francisco Cervérez exasperaron el odio que rápidamente se volvió clima en un pueblo que no sabía cómo asimilar lo que estaba pasando a su alrededor. A partir de entonces la lucha adquirirá un alto grado de ferocidad que desbordará los ánimos y desembocará en su institucionalización con el decreto de guerra a muerte, que después de una noche de insomnio, firmará el general Bolívar en junio de 1813.

En enero de 1813 un puñado de patriotas al mando de Santiago Mariño abre operaciones militares contra el gobierno de Monteverde en el oriente del país. En marzo el joven general Bolívar y algunos otros oficiales republicanos se habían refugiado en la Nueva Granada, con el apoyo del gobierno independentista de Cartagena, consigue reunir un pequeño ejercito con oficiales y soldados neogranadinos invade Venezuela por el Táchira, ocupa Mérida, lanza desde Trujillo su controversial decreto de guerra a muerte, y al cabo de una campaña caracterizada por su audacia, rapidez y espléndidas victorias, Bolívar entra triunfante en Caracas en agosto de ese mismo año.

El doctor Díaz se ve obligado a escapar a Curazao formando parte de la multitud que trataba de huir de Bolívar y su temible decreto. Desde allí continuará su lucha por el Rey y la Religión. Una vez más, la Gaceta cambiará de orientación y de redactor responsable. Ahora será su colega y enemigo personal, Vicente Salias, quien se encargará de defender las ideas republicanas y lo mismo que el doctor Díaz asumió la difícil tarea de defender al irregular y arbitrario gobierno de Monteverde, Salias asumirá la difícil tarea de defender la política de guerra a muerte y sus oscuras consecuencias, impulsada por el inexperto y excesivo general Bolívar.

Bibliografía citada

- BRICEÑO IRAGORRY M. (1980) *El regente Heredia o la piedad heroica*. Caracas, monte Ávila Editores, C.A.
- COLL Y PRATN. (1960) *Memoriales sobre Independencia*, ANH. Madrid, Ediciones Guadarrama, S.L.

DIAZ J.D. (1961) *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, ANH. Madrid, Ediciones Guadarrama, S.L.

Gaceta de Caracas. (1983), Tomo IV - 26 de agosto de 1813 - 19 de abril de 1815. ANH. Caracas, Italgáfica, S.R.L.

GONZALEZ de BRACHO I. (1963) *Situación fiscal y hacienda de Venezuela, en el periodo de la restauración Real (1812-1813), según los testimonios del intendente Dionisio Franco*. Caracas, UCV (copia mimeografiada)

HEREDIA J.F. (1983) *Memorias del regente Heredia*, ANH. Caracas, Italgáfica, S.L. *Semanario de Caracas* (1959), ANH. Madrid, Ediciones Guadarrama, S.L.

URQUINAONA Y PARDO P. (1917) *Memoria de Urquinaona*. Biblioteca Ayacucho. Madrid, Editorial América.

DR. JOSÉ DOMINGO DÍAZ AND THE TOUGHNESS OF LOYALTY UNDER MONTEVERDE (1812-1813)

By: *Argenis Gómez Pérez*
Instituto de Estudios Hispanoamericanos - UCV

Abstract

As it has been already said, in the hard and eventful life of Doctor José Domingo Díaz, many questions remain unanswered: there exist many aspects of his life he never wanted to talk about. As a matter of fact, he always preferred hiding his memories somewhere in the labyrinth of his conscience, thus preventing them from disturbing him and letting time take care of everything. That is what happened with his tough past as an abandoned child. He assumed his condition of white orphan hosted by the Diaz Argote family and never talked about his biological parents. He also forgot his youthful literary beginnings, and never talked about them. Likewise, he never mentioned his brilliant role as person in charge of the *Semanario de Caracas* (1810-1811), together with Miguel José Sanz. However, he did explain his sudden and radical change of mind from July 1811 onwards. Many years later, defeated but not subjugated, enduring rather than living his last exile in Madrid, he writes his *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas* (1829). His words were impregnated with resentment and hatred resulting from the long-lasting and devastating facts leading to the Caracas' rebellion, which he will describe in detail. It could be assumed that he continued working as a physician in Caracas' hospitals, but it would be worth wondering what else he did from July 1811 to July 1812, that

is, when the weak Republic falls and Domingo Monteverde's arbitrary regime is imposed. Maybe the only answer to this question is what José Domingo Díaz tells us in his Recuerdos.

Key words:

Venezuela - Rebellion - José Domingo Díaz - Reaction - Journalism

LE DOCTEUR JOSÉ DOMINGO DÍAZ ET LA DIFFICILE FIDÉLITÉ SOUS LE RÉGIME DE MONTEVERDE (1812-1813)

Argenis Gómez Pérez

Instituto de Estudios Hispanoamericanos - UCV

Résumé

Tout au long de la dure vie agitée du docteur José Domingo Díaz, il y a eu des hauts et des bas, et des affaires dont il n'a pas voulu parler et qu'il a préféré bien garder pour toujours dans un coin secret des labyrinthes de sa conscience, pour qu'elles ne perturbent plus rien et pour que le temps les efface un jour. Assumant sa condition d'enfant trouvé blanc assimilé à la famille Díaz Argote, il a décidé de ne jamais parler de l'énigme de ses parents biologiques. Il a aussi oublié ses premières armes littéraires de jeunesse. Il n'a jamais parlé de sa brillante performance comme responsable du Semanario de Caracas (1810-1811), aux côtés de Miguel José Sanz. Il n'a jamais expliqué pourquoi il a changé de tranchée de façon abrupte et définitive à partir de juillet 1811. Longtemps après, défait mais pas vaincu, et subissant le fardeau de son dernier exil à Madrid, il rédige ses Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas (1829) (Souvenirs sur la Rébellion de Caracas). Encore imprégné de rancœurs produites par le long et dévastateur conflit, il y présente sa version des faits et des circonstances qui ont provoqué la "Rebelión de Caracas" et son sanglant processus. L'on suppose qu'il a continué à exercer comme médecin dans les hôpitaux de Caracas, mais quoi d'autre a-t-il fait entre juillet 1811 et juillet 1812 ? C'est-à-dire, qu'a-t-il fait d'autre à l'époque où la faible république naufragait et le régime arbitraire de Domingo Monteverde s'imposait ? Il paraît qu'il ne nous reste que ce qu'il raconte dans ses Recuerdos.

Mots-clés:

Venezuela - Rébellion - José Domingo Díaz - Réaction - Journalism.

O DR. JOSÉ DOMINGO DÍAZ E A DIFÍCIL FIDELIDADE SOB MONTEVERDE (1812-1813)

Argenis Gómez Pérez

Instituto de Estudios Hispanoamericanos - UCV

Resumo

Temos salientado durante a longa e dura vida do doutor José Domingo Díaz, que há mais do que um mistério, assuntos sobre os que nunca quis falar e preferiu guardá-los por sempre em alguma escondida gaveta nos labirintos da sua consciência, para que desse modo não chatearam mais e com o passo do tempo que todo o afasta e transforma, talvez desaparecessem. Aconteceu com sua difícil condição de menino sem pais: adotou o sobrenome blanco assimilado à família Díaz Argote e não falou jamais do enigma de seus pais biológicos. Esqueceu também seus começos literários de juventude e nunca falou deles. Nunca relembrou seu brilhante desempenho como responsável do "Semanario de Caracas" (1810-1811), ao lado do bacharel Miguel José Sanz. Nunca, explicou sua radical e definitiva mudança de pensamento político a partir de julho de 1811. Muitos anos depois, derrotado mas não vencido, suportando, mais do que vivendo, seu último exílio em Madrid, quando redige suas Lembranças sobre a Rebelião de Caracas (1829), ainda cheio dos rancores e ódios produto de uma longa e devastadora luta, nos dará sua versão dos factos e circunstâncias que causaram a "Rebelião de Caracas" e seu horrível processo. Podemos supôr que continuou com seu emprego como médico nos hospitais de Caracas, mas que mais fez entre julho de 1811 e julho de 1812, isto é, quando naufraga a débil república e se impõe o regime arbitrário de Domingo Monteverde? Aparentemente, somente fica o que ele próprio conta em suas Lembranças.

Palavras principais:

Venezuela - Rebelião - José Domingo Díaz - Reação - Jornalismo.
